



CAPÍTULO IV.

Donde Sancho Panza satisface al bachiller Sansón Carrasco de sus dudas y preguntas, con otros sucesos dignos de saberse y de contarse.

VOLVIO Sancho á casa de Don Quijote, y volviendo al pasado razonamiento, dijo:

—A lo que el señor Sansón dijo, que se deseaba saber quién, ó cómo ó cuándo se me hurtó el jumento, respondiéndome digo, que la noche misma que huyendo de la Santa Hermandad nos entramos en Sierra-Morena, después de la aventura sin ventura de los galeotes, y de la del difunto que llevaban á Segovia, mi señor y yo nos metimos entre una espesura, adonde mi señor arrimado á su lanza, y yo sobre mi rucio, molidos y cansados de las pasadas refriegas, nos pusimos á dormir como si fuera sobre cuatro colchones de pluma: especialmente yo dormí con tan pesado sueño, que quien quiera que fué tuvo lugar de llegar y suspenderme sobre cuatro estacas que puso á los cuatro lados de la albarda, de manera que me dejó á caballo sobre ella, y me sacó debajo de mí al rucio, sin que yo lo sintiese.

—Eso es cosa fácil, y no acontecimiento nuevo, que lo mismo le sucedió á Sacripante cuando estando en el cerco de Albraca, con esa misma invención le sacó el caballo de entre las piernas, aquel famoso ladrón llamado Brunelo.

Amancejó, prosiguió Sancho, y apenas me hube estremecido, cuando faltando las estacas di conmigo en el suelo una gran caída, miré por el jumento y no le ví: acudíronme lágrimas á los ojos, é hice una lamentación, que si no la puso el autor de nuestra historia, puede hacer cuenta que no puso cosa buena.

Al cabo de no sé cuántos días, viniendo con la señora princesa Micomicona, conocí mi asno, y que venía sobre él en hábito de gitano aquel Ginés de Pasamonte, aquel embustero y grandísimo maleador que quitamos mi señor y yo de la cadena.

—No está en eso el yerro, replicó Sansón, sino en que antes de haber parecido el jumento, dice el autor que iba á caballo Sancho en el mismo rucio.

—A eso, dijo Sancho, no sé qué responder, sino que el historiador se engañó, ó ya sería descuido del impresor.

—Así es sin duda, dijo Sansón; pero ¿qué se hicieron los cien escudos?

—Deshicieron, respondió Sancho: yo los gasté en pro de mi persona y de la de mi mujer y de mis hijos, y ellos han sido causa de que mi mujer lleve en paciencia los caminos y carreras que he andado sirviendo á mi señor Don Quijote: que si al cabo de tanto tiempo volviera sin blanca y sin el jumento á mi casa, negra ventura me esperaba; y si hay más que saber de mí, aquí estoy, que responderé al mismo rey en persona; y nadie tiene para qué meterse en si truje ó no truje, si gasté ó no gasté, que si los palos que me dieron en estos viajes se hubieran de pagar á dinero, aunque no se tasaran sino á cuatro maravedís cada uno, en otros cien escudos no había para pagarme la mitad; y cada uno meta la mano en su pecho, y no se ponga á juzgar lo blanco por negro, y lo negro por blanco, que cada uno es como Dios le hizo, y aun peor muchas veces.

—Yo tendré cuidado, dijo Carrasco, de acusar al autor de la

historia que si otra vez la imprimiere no se le olvide esto que el buen Sancho ha dicho, que será realizarla un buen coto más de lo que ella se está.

—¿Hay otra cosa que enmendar en esa leyenda, señor bachiller? preguntó Don Quijote.

—Sí debe de haber, respondió él; pero ninguna debe de ser de la importancia de las ya referidas.

—¿Y por ventura, dijo Don Quijote, promete el autor segunda parte?

—Sí promete, respondió Sansón: pero dice que no ha hallado ni sabe quien la tiene, y así estamos en duda si saldrá ó no: y así por esto como porque algunos dicen, nunca segundas partes fueron buenas, y otros, de las cosas de Don Quijote bastan las escritas, se duda que no ha de haber segunda parte, aunque algunos, que son más joviales que saturninos, dicen "vengan más quirotadas, embista Don Quijote y hable Sancho Panza, y sea lo que fuere, que con eso nos contentamos."

—¿Y á qué se atiene el autor? dijo Don Quijote.

—¿A qué? respondió Sancho: en hallando que halle la historia, que él va buscando con extraordinarias diligencias, la dará luego á la estampa, llevado más del interés que de darla se le sigue, que de otra alabanza alguna. A lo que dijo Sancho:

—¿Al dinero y al interés mira el autor? maravilla será que acierte, porque no hará sino harbar, harbar como sastre en visperas de pascuas, y las obras que se hacen aprisa nunca se acaban con la perfección que requieren.

Atienda ese señor moro, ó lo que es, á mirar lo que hace, que yo y mi señor le daremos tanto ripio á la mano en materia de aventuras y de sucesos diferentes, que pueda componer no sólo segunda parte, sino ciento. Debe de pensar el buen hombre, sin duda, que nos dormimos aquí en las pajas, pues ténganos el pie al herrar, y verá del que cosqueamos: lo que yo se decir es, que si mi señor tomase mi consejo ya habíamos de estar en esas campañas deshaciendo agravios y enderezando tuertos, como es uso y costumbre de los buenos y andantes caballeros.

No había bien acabado de decir estas razones Sancho, cuando llegaron á sus oídos relinchos de Rocinante, los cuales relinchos tomó Don Quijote por felicísimo aguiero, y determinó de hacer de allí á tres ó cuatro días otra salida; y declarando su intento al bachiller, le pidió consejo por qué parte comenzaría su jornada, el cual respondió que era su parecer que fuese al reino de Aragón, y á la ciudad de Zaragoza adonde de allí á pocos días se habían de hacer unas solemnísimas justas por la fiesta de San Jorge, en las cuales podría ganar fama sobre todos los caballeros aragoneses, que sería ganarla sobre todos los del mundo.

Alabóle ser honradísima y valentísima su determinación y advirtióle que anduviese más atentado en acometer los peligros, á causa de



Quien quiera que fué tuvo lugar de llegar y suspenderme sobre cuatro estacas...



que su vida no era suya, sino de todos aquellos que le habían de necesitar para que los amapasara y socorriese en sus desventuras.

—Deso es lo que yo reniego, señor Sansón, dijo á este punto Sancho, que así acomete mi señor á cien hombres armados como un muchacho goloso á media docena de badeas. Cuerpo del mundo, señor bachiller: sí, que tiempos hay de acometer, y tiempos de retirar, y no ha de ser todo Santiago y cierra España; y más que yo he oído decir, y creo que á mi señor mismo, si mal no me acuerdo, que entre los extremos de cobarde y de temerario, está el medio de la valentía; y si esto es así, no quiero que huya sin tener para qué, ni que acometa cuando la demasia pide otra cosa; pero sobre todo aviso á mi señor, que si me ha de llevar consigo, ha de ser con condición que él se lo ha de batallar todo, y que yo no he de estar obligado á otra cosa que á mirar por su persona en lo que tocare á su limpieza y á su regalo, que en esto yo le bailaré el agua delante; pero pensar que tengo de poner mano á la espada, aunque sea contra villanos malandrines de haça y capellina, es pensar en lo excusado.

Yo, señor Sansón, no pienso granjear fama de valiente, sino del mejor y más leal escudero que jamás sirvió á caballero andante; y si mi señor Don Quijote, obligado de mis muchos y buenos servicios, quisiere darme alguna insula de las muchas que su merced dice que se ha de topa por ahí, recibiré mucha merced en ello; y cuando no me la diere, nacido soy, y no ha de vivir el hombre en hoto de otro, sino de Dios; y más que tan bien y aún quizá mejor me sabrá el pan desgobernado, que siendo gobernador; y ¿sé yo por ventura si en esos gobiernos me tiene aparejada el diablo alguna zancadilla donde tropiece y caiga y me deshaga las muelas? Sancho nació, y Sancho pienso morir.

—Pero si con todo esto de buenas á buenas, sin mucha solicitud y sin mucho riesgo deparase el cielo alguna insula, ó otra cosa semejante, no soy tan necio que la desechase, que también se dice: "Cuando te dieren la vaquilla, corre con la soguilla; y cuando viene el bien, métele á tu casa."

—Vos, hermano Sancho, dijo Carrasco, habéis hablado como un catedrático; pero con todo eso confiad en Dios y en el señor Don Quijote que os ha de dar un reino, no que una insula.

—Tanto es lo de más como lo de menos, respondió Sancho; aunque sé decir señor Carrasco, que no hechará mi señor el reino

que me diera en saco roto, que yo he tomado el pulso á mi mismo, y me hallo con salud para regir reinos y gobernar insulas; y esto ya otras veces lo he dicho á mi señor.

—Mirad, Sancho, dijo Sansón, que los oficios mudan de costumbres, y podría ser que viéndoos gobernador no conociédeses á la madre que os parió.

—Eso allá se ha de entender, respondió Sancho, con los que nacieron en las malvas, y no con los que tienen sobre el alma cuatro dedos de envidia de cristianos viejos, como yo los tengo; no, sino llegaos á mi condición, que sabrá usar de desagrado con alguno.

—Dios lo haga, dijo Don Quijote, y ello dirá cuando el gobierno venga, que ya me parece que le trayo entre los ojos. Dicho esto, rogó al bachiller que si era poeta le hiciese merced de componerle unos versos que tratasen de la despedida que pensaba hacer de su señora Dulcinea del Toboso, y que advirtiese que en el principio de cada verso había de poner una letra de su nombre, de manera que al fin de los versos, juntando las primeras letras, se leyese Dulcinea del Toboso.

El bachiller respondió, que puesto que él no era de los famosos poetas de España, que decían que no eran sino tres y medio, que no dejaría de componerle los tales metros, aunque hallaba una dificultad grande en su composición, á causa que las letras que contenían el nombre eran diez y siete; y que si hacía cuatro castellanas de á cuatro versos sobraba una letra, y si de á cinco á quien llamaban décimas ó redondillas, faltaban tres letras; pero con todo eso procuraría embeber una letra lo mejor que pudiese, de manera que en las cuatro castellanas se incluyese el nombre de Dulcinea del Toboso.

—Ha de ser así en todo caso, dijo Don Quijote, que si allí va el nombre patente y de manifiesto, no hay mujer que crea que para ella se hicieron los metros.

Quedaron en esto y en que la partida sería de allí á ocho días. Encargó Don Quijote al bachiller la tuviese secreta, especialmente al cura y á maese Nicolás y á su sobrina y el ama, porque no estorbasen su honrada y valerosa determinación.

Todo lo prometió Carrasco: con esto se despidió encargando á Don Quijote que de todos sus buenos ó malos sucesos le avisase, habiendo comodidad; y así se despidieron, y Sancho fué á poner en orden lo necesario para su jornada.



CAPÍTULO V.

De la discreta y graciosa plática que pasó entre Sancho Panza y su mujer Teresa Panza, y otros sucesos dignos de felice recordación.

LLEGANDO á escribir el traductor desta historia este quinto capítulo, dice que le tiene por apócrifo, porque en él habla Sancho Panza con otro estilo del que se podía prometer de su corto ingenio, y dice cosas tan sutiles, que no tiene por posible que él las supiese; pero que no quiso dejar de traducirlo por cumplir con lo que á su oficio debía, y así prosiguió diciendo:

Llegó Sancho á su casa tan regocijado y alegre, que su mujer conoció su alegría á tiro de ballesta, tanto que la obligó á preguntarle: —¿Qué traéis, Sancho amigo, que tan alegre venís? A lo que él respondió:

—Mujer mía, si Dios quisiera, bien me holgara yo de no estar contento como nuestro.

—No os entiendo, marido, replicó ella, y no sé que queréis decir en eso de que os holgádes, si Dios quisiera, de no estar contento, que magüer tonta, no sé yo quien recibe gusto de no tenerle.

—Mirad, Teresa, respondió Sancho, yo estoy alegre porque tengo determinado de volver á servir á mi amo Don Quijote, el cual quiere la vez tercera salir á buscar las aventuras, y yo vuelvo á salir con él porque lo quiere así mi necesidad, junto con la esperanza que me alegro de pensar si podré hallar otros cien escudos como los ya gastados, puesto que me entristece el haberme de apartar de ti y de mis hijos; y si Dios quisiera darme de comer á pie enjuto y en mi casa, sin traerme por vericuetos y encrucijadas, pues lo podía hacer á poca costa y con no más de quererlo, claro está que mi alegría fuera más firme y valedera, pues que la que tengo va mezclada con la tristeza del dejarte: sí que dije bien que holgara, si Dios quisiera, de no estar contento.

—Mirad, Sancho, replicó Teresa, después de que os hicieris miembro de caballero andante habláis de tan rodeada manera, que no hay quien os entienda.

—Basta que me entienda Dios, mujer, respondió Sancho, que él es el entendedor de todas las cosas, y quédese esto aquí; y advertid, hermana, que os conviene tener cuenta estos tres días con el rucio, de manera que esté para armas tomar: dobladle los piensos, requerid la albarda y las demás jarcias, porque no vamos á bodas sino á rodear el mundo, y tener dases y tomases con gigantes, con endriagos y con vestiglos, y á oír silbos, rugidos, bramidos y balardos, y aun todo esto fuera flores de cantueso si no tuviéramos que entender con yangüeses y con moros encantados.

—Bien creo yo, marido mío, replicó Teresa, que los escuderos andantes no comen el pan de balde, y así quedaré rogando á nuestro Señor os saque presto de tan mala ventura.

—Yo os digo, respondió Sancho, que si no pensase antes de mucho tiempo verme gobernador de una insula, aquí me caería muerto.

Eso no, marido mío, dijo Teresa, viva la gallina aunque sea con su pepita: vivid vos, y llévase el diablo cuantos gobiernos hay en el mundo: sin gobierno salisteis del vientre de vuestra madre, sin gobierno habéis vivido hasta ahora, y sin gobierno os iréis ó os llevarán á la sepultura cuando Dios fuere servido: como esos hay en el mundo, que

viven sin gobierno, y no por eso dejan de vivir y de ser contados en el número de las gentes.

La mejor sala del mundo es la hambre, y como ésta no falta á los pobres, siempre comen con gusto. Pero mirad, Sancho, si por ventura os viéredes con algún gobierno, no os olvidéis de mí y de vuestros hijos. Advertid que Sanchico tiene ya quince años cabales, y es razón que vaya á la escuela, si es que su tío el abad lo ha de dejar hecho de la Iglesia.

Mirad también que Marisancha, vuestra hija, no se morirá si la casamos que me va dando barruntos que desea tanto tener marido, como vos deseais veros con gobierno; y en fin, en fin mejor parece la hija mal casada que bien abarraganada.

A buena fé, respondió Sancho, que si Dios me llega á tener algo qué de gobierno, que tengo de casar, mujer mía, á Marisancha tan altamente que no la alcancen sino con llamarla señoría.

Eso no, Sancho, respondió Teresa, casadla con su igual que es lo más acertado, que si de los zuecos la sacáis á chapines, y de saya parda de cartoreno á verdugado y saboyanas de seda, y de una Marica y un tú á una doña tal y señoría, no se ha de hallar la muchacha, y á cada paso ha de caer en mil faltas descubriendo la hilaza de su tela basta y grosera.

—Calla, boba, dijo Sancho, que todo será usarlo dos ó tres años, que después le vendrá el señorío y la gravedad como de molde; y cuando no, ¿qué importa séase ella señoría, y venga lo que viniere.

Medios, Sancho, con vuestro estado, respondió Teresa, no os queráis alzar á mayores, y advertid al refrán que dice: "Al hijo de tu vecino límpiale las narices, y métele en tu casa."

Por cierto que sería gentil cosa casar á nuestra María con un condado ó con un caballero, que cuando se le antojase la pusiese como nueva llamándola de villana, hija del destripaterrones y de la pelarruecas; no en mis días, marido, para eso por cierto he criado yo á mi hija: traed vos dineros, Sancho, y el casarla dejadlo á mi cargo, que ahí está Lope Tocho, el hijo de Juan Tocho, mozo rollizo y sano, y que le conocemos, y sé que no mira de mal ojo á la muchacha; y con este que es nuestro igual estará bien casada, y le tendremos siempre á nuestros ojos, y seremos todos unos, padres é hijos, nietos y yernos, y andará la paz y la bendición de Dios entre todos nosotros, y no casármela vos ahora en esas cortes y en esos palacios grandes, adonde ni á ella la entiendan, ni ella se entienda.

Ven acá, bestia y mujer de Barrabás, replicó Sancho, ¿por qué quieres tú ahora sin qué ni para qué estorbarme que no case á mi hija con quien me de nietos que se llamen señoría?

Mira, Teresa, siempre he oído decir á mis mayores que el que no sabe gozar de la ventura cuando le viene, que no se debe quejar si se le pasa; y no sería bien que ahora que está llamando á nuestra puerta se la cerremos: dejémonos llevar deste viento favorable que nos sopla. (Por este modo de hablar, y por lo que más abajo dice Sancho, dijo el traductor desta historia que tenía por apócrifo este capítulo.)

¿No te parece, animalía, prosiguió Sancho, que será bien dar con